

EL CATEQUISTA

Dirección y Administración:

Muy Ilre. Sr. Arcipreste
de la S. I. C. B.

PALACIO EPISCOPAL

Precios de suscripción:

| | Pesetas. |
|--------------------|----------|
| Trimestre. | 1,50 |
| Semestre. | 3 |
| Año.. | 5 |

AÑO II.

Cuenca, 17 de Octubre de 1907.

Núm. 42.

Catequística.

(Continuación).

«*Santiguarse*, es hacer una señal de la cruz, grande, desde la frente al pecho, y desde el hombro izquierdo al derecho, diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén*». Así lo dicen nuestras Sinodales (1).

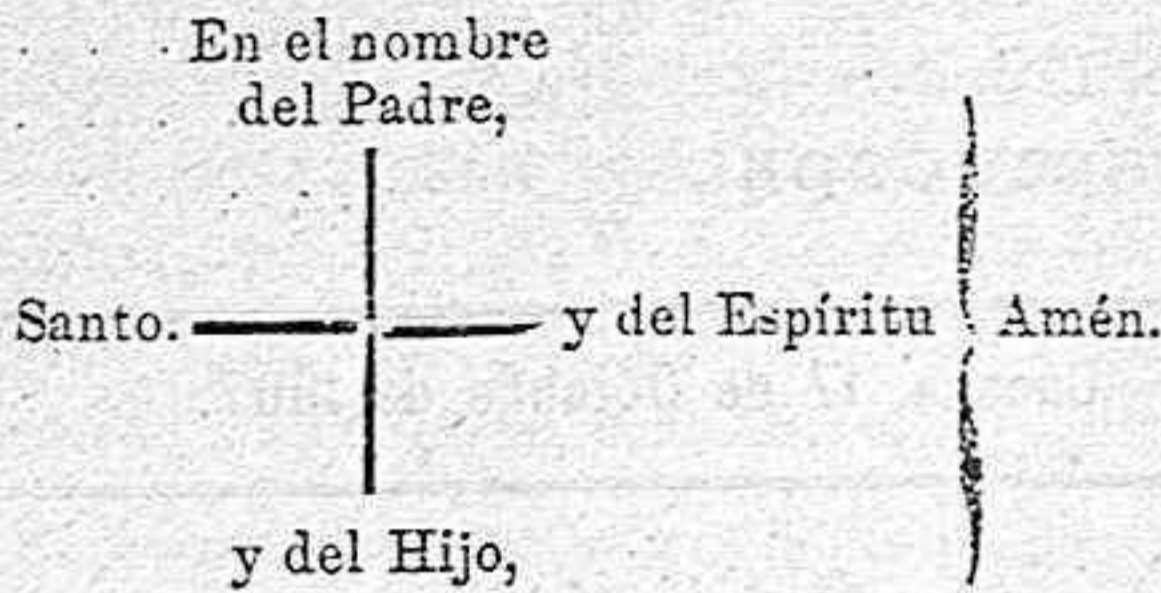
La forma de hacer bien esta cruz, es como sigue: Se pone la mano derecha extendida, y los dedos, formando con ella un solo plano: así se eleva á la altura del centro de la frente, y de modo que el anverso ó palma de la mano mire hacia la cara del que se va á persignar. Tocando entonces el centro de la frente con los extremos de los dos dedos primeros, después del pulgar, ó sea del índice y del medio, se dice: *En el nombre del Padre*; luego se baja la mano, y con los extremos de dichos dos dedos se toca la parte inferior y central del pecho, cerca de la boca del estómago, diciendo: *y del Hijo*; pásase luego á la parte media del costado izquierdo y, tocando en ella con los mismos dedos, se dice: *y del Espíritu*; y, por último, se pasa al costado derecho y se hace lo mismo que en el izquierdo, diciendo: *Santo*. Se cierra, por fin, el signo con la palabra *Amén*, que quiere decir: Así sea.

Algunas personas tienen la piadosa costumbre de hacer una cruz, doblando el dedo índice y poniendo sobre él el pulgar, y besar la cruz así formada; y otras juntan las dos manos por su parte interior, y, poniendo el pulgar de la derecha sobre el de la

(1) Del Obispado de Cuenca.

izquierda, besan también esa cruz, sellando así con su beso el amor á la cruz y á todo lo que ella representa.

Representando, pues, la cruz del santiguarse, resultaría formada de esta manera:



Los significados que los escritores piadosos atribuyen á la señal de la cruz, al modo de hacerla y á su número, son muy variados. Pues además de ser la cruz, como se ha dicho, la imagen de Cristo crucificado, y representarnos la Unidad y Trinidad de Dios, ven en ella las almas fieles otra porción de representaciones muy variadas y muy santas.

En el persignarse, la primera cruz, dicen, representa al Padre, y por eso se hace en la frente, que es como la antesala de la inteligencia formadora de las ideas. La segunda cruz representa al Hijo, y por eso se hace en la boca, que es donde se forma la palabra, expresión de la idea. La tercera cruz representa al Espíritu Santo, y por eso se hace sobre el pecho, que es donde está el corazón, centro del amor. Así las tres cruces no sólo representan las tres Personas de la Augusta Trinidad, sinó que representan también las propiedades relativas y las relaciones mutuas de las tres Personas. Pues, al modo que el entendimiento engendra la idea, así el Padre engendró á su Hijo: así como la palabra es el retrato de la idea, y por la idea lo es del entendimiento, así el Verbo de Dios es la imagen sustancial del Padre; y así como el amor es una aspiración á unirse con el objeto amado, así el Espíritu Santo es la aspiración sustancial del Padre y del Hijo, de los cuales nace como de un solo principio por vía de amor.

La cruz de la frente significa que estamos dispuestos á confesar que somos cristianos, y defender y propagar hasta con la propia vida, si necesario fuere, el nombre y doctrina de Jesucristo, y por eso se hace en la frente, que es la parte más pública y más noble del exterior del cuerpo humano. Así publicamos á todo el

que lo quiera ver que no nos avergonzamos de confesar á Jesucristo.

La cruz de la boca significa que estamos resueltos, á la par que obligados, á cantar las alabanzas de Dios, especialmente la del misterio de la Santísima Trinidad, y de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y que le daremos culto, no sólo con las facultades espirituales, mas también con las corporales, y aun con todo lo que nos pertenezca. Por eso se forma en la boca, órgano de la palabra, con la cual, según nos dice la Sagrada Escritura, se hace la protestación de la fe, necesaria para nuestra salvación (1).

La cruz del corazón significa el mucho amor que hemos de tener hacia aquellas cosas que cree el entendimiento y confiesa la boca, y por eso se hace sobre el pecho, tabernáculo del corazón, y del amor que de él procede. Así damos á entender que no nos mueve solamente á seguir á Jesucristo la recompensa de la gloria, ni el miedo del infierno, sinó el amor que El nos tiene y el amor que en agradecimiento debemos tenerle á El.

Al acto de persignarse suele seguir inmediatamente el de santiguarse. Por eso dicen que el santiguarse es como complemento del persignarse, y que con él se quiere dar á entender que las tres Personas, representadas en las tres pequeñas cruces del santiguarse, no tienen más que una sola esencia, y por eso, la cruz del santiguarse es mayor que las otras, y como que las abarca y compenetra á todas, al modo que la divina esencia, sin dejar de ser una, está toda entera en las tres Personas distintas de la Santa Trinidad. Y, por lo que se refiere al misterio de nuestra Redención, esta cruz de santiguarse significa que una sola persona, la segunda, fué la que nos redimió, y por eso la cruz es una, pero que todas tres Personas tomaron parte en la Redención del hombre, en el modo que después veremos, y por eso esa única cruz se hace en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por último: tanto las tres cruces del persignarse, como la una del santiguarse, se hacen de arriba hacia abajo, y después, de izquierda á derecha. Lo primero nos enseña que Jesucristo bajó del cielo á la tierra y encarnó en el seno de la Virgen; y lo segundo

(1) San Pablo á los Romanos, 10, 10.

nos revela el fin de esa venida, que fué la redención del género humano. Pues esto quiere decir el llevar la mano del lado izquierdo al derecho. Quiere decir que Jesucristo nos trasladó de la izquierda del pecado á la derecha de la gracia; de la izquierda de la condenación á la derecha de la salvación eterna. Lo cual está en conformidad con lo que Jesucristo nos dice relativo á la sentencia del juicio final, en el que estarán los réprobos á la izquierda, y los bienaventurados á la derecha (1).

(Continuará).



Agricultura.

(Continuación.— Véase la pág. 611).

Sirve, en primer lugar, como abono vegetal el *humus* ó mantillo, de que arriba se habló, y el cual debe enterrarse, por ser de suyo frío, bastante tiempo antes de la época de la sementera.

Vienen después los *hormigueros*, de que también hablamos ya, y que, cuando en el terreno de que se forman hay fuerte vegetación, resultan ser abonos vegetales más bien que minerales, y son muy útiles á la agricultura por esponjar y mejorar el suelo.

Son buen abono en muchos casos las plantas enterradas en verde, con el fin de que se pudran y dejen sus elementos en la misma tierra donde crecieron. Para este fin deben escogerse plantas que necesiten poco abono y escaso cultivo, y que, además, adquieran un crecimiento rápido, tengan mucha parte carnosa de materia orgánica y abundante follaje. Porque estas plantas toman del aire grande cantidad de su alimento, y, al ser enterradas, lo prestan á la tierra. En los terrenos arenosos dan buen resultado el alforfón, el altramuz, el centeno, los rábanos, los tréboles y los yeros; y en los terrenos arcillosos, las arvejas, las guijas, el mijo y la mostaza.

Haciéndolas fermentar antes en pozos ó letrinas se pueden emplear como abono la mayoría de las plantas herbáceas, y aun las ramas, hojas y frutos de los árboles. El brezo, las halgas marinas, los helechos, el ranúnculo, el tomillo, las ramas y hojas de chopo, de olmo blanco y negro (negrillo), de fresno, de encina,

(1) San Mateo, 25, 33.

de roble, etc.; los residuos de las verduras, como berza, lechuga, escarola, acelga, etc.; y, por último, el serrín y las virutas de madera, el alpechín de la aceituna, con otros elementos análogos á los indicados, todo es bueno para echarlo á pudrirse en los pozos destinados al efecto y convertirse en abono.

Los huesos de las aceitunas y de otras plantas grasientas (oleaginosas), después de molidos (borujo), y antes de ponerse rancios, son buen abono para la mayoría de las plantas. Y el orujo de la uva lo es para las cepas, así como lo son también las hojas y sarmientos enterrados.

La turba es también un excelente abono; y lo mismo puede decirse de las semillas de varias yerbas, árboles y arbustos. Pero éstas últimas deben quemarse ó esterilizarse antes de enterrarlas para evitar que se desarrollen y germinen.

Por último, todas las cenizas de la cremación de los vegetales son buen abono, porque contienen los elementos minerales de que las plantas se componían, y además dan soltura y esponjosidad al suelo. Lo mismo hay que decir del hollín de las chimeneas (llamado en algunas partes *sarro*), que es un abono excelente para muchos terrenos, y, sobre todo, para el garbanzo. El carbón, aunque como abono ó alimento de las plantas sirve poco, es bueno, sin embargo, como correctivo de los terrenos fríos y húmedos.

De lo dicho se saca por consecuencia que casi todas las plantas ó vegetales pueden servir, ya de un modo, ya de otro, para abono de otras plantas nuevas.

Abonos minerales. Llámense abonos minerales aquellos que provienen ó se extraen de una manera inmediata, ó casi inmediata, del reino mineral, es decir, de la misma tierra.

Se les conoce también con el nombre de abonos *químicos é industriales*, porque la ciencia llamada *Química* y la industria del hombre intervienen en la confección ó elaboración de dichos abonos, separándolos de los otros elementos terrosos, cuando la naturaleza, como sucede de ordinario, no nos los ofrece puros; y por que la ciencia química y la industria, han hallado los medios de combinar unos minerales con los otros para preparar abonos aptos para las distintas necesidades de la agricultura.

Aunque hay muy variadas clases de abonos minerales, hijos de las muy distintas combinaciones de sus componentes, pueden,

sin embargo, reducirse á seis clases fundamentales, de conformidad con los seis elementos que, según ya dijimos, toman las plantas de la tierra. Eran éstos (véase la página 66): *Azufre, Fósforo, Potasio, Calcio, Magnesio y Hierro*. Y, por tanto, los abonos minerales serán de estas seis clases: *Sulfurosos* (ó azufrosos), aquellos cuya base es el azufre (*sulphur*); *Fosfatados* (ó fosfóricos), cuando la base es el fósforo; *Potásicos*, cuando lo es la potasa; *Calizos* (ó calcáreos), cuando lo es la cal; *Magnésicos*, cuando lo es la magnesia, y *Ferruginosos*, cuando lo es el hierro (*ferrum*).

No se sigue, sin embargo, esta clasificación fundamental, porque algunos de esos elementos los tiene el suelo en tanta abundancia, que no hay necesidad de propinárselos como abono, y porque, además, otros elementos, que no son propiamente minerales, sinó gaseosos, no los toman las plantas por alimento si antes no se convierten en sales minerales. Los elementos minerales que abundan en la tierra siempre, son: *el azufre, el magnesio y el hierro*; y el elemento gaseoso, que debe convertirse, en sales, es el ázoe ó nitrógeno del aire. Luego, de los seis anteriores minerales de que se alimentan las plantas, sólo tres hay necesidad de emplearlos como abono, y son: *el fósforo, la potasa y la cal*. Si á estos tres se agrega el ázoe, resultan los *cuatro abonos minerales* fundamentales, de que hay necesidad de hacer uso en la agricultura, es á saber: *Abonos fosfatados, potásicos, calcáreos, y azoados ó nitrogenados*; según que su base sea *el fósforo, la potasa, la cal y el ázoe ó nitrógeno*. Es claro que estas cuatro clases pueden combinarse unas con otras y aun cualquiera ó varias de ellas con el azufre y los demás elementos minerales, de donde resulta una multitud de clases de abonos minerales. Pero las fundamentales son siempre las cuatro dichas. Nosotros, puesto que la cal es elemento más conocido y más abundante, comenzaremos por los abonos que de ella resultan.

(*Concluirá*).

BLAS REGENERADOR

—Albricias, tío Matraca.

—¿Qué pasa, Blas?

—Que vamos á acabar con el fanatismo, y con el oscurantismo, y con la reacción, y vamos á regenerar á España.

—¡Canastos! Y ¿cómo vais á realizarlo?

—Arrojando á todos los frailes que la arruinan.

—¡A... cabáramos! ¿Y esa es la vara mágica con que vais á resucitar al muerto? Pero ¿qué hacen esos frailes y esas monjas para arruinar las naciones?

—Fanatizarlas con el oscurantismo.

—Y el oscurantismo, ¿qué es?

—Una cosa muy mala, mi amo.

—Pero, ¿dónde tiene la malicia?

—No lo sé, mi amo.

—Pues estamos frescos.

—No, señor, calientes. Porque dice D. Pedro, D. Vicente y D.^a Belén, y repetimos todos, que el oscurantismo y el fanatismo son cosas muy malas, pero muy malas.

—Pero, á lo menos, esos señores os habrán explicado...

—No, señor, no tienen tiempo.

—Y ¿no os han aclarado tampoco las maldades que cometen esas monjas y frailes!

—Cuando secuestran alguna joven ya lo llevan los periódicos.

—¡Horror! ¿Conque los frailes y monjas se dedican á secuestrar jóvenes? Entonces habrá muchos en presidio.

—No, señor; ninguno.

—Hombre, eso sí que es raro, que, siendo tan criminales, no los *enchironéis* para que purguen su crimen.

—Mi amo, se mete usted en muchas honduras...

—Hombre, me meto en aclarar las cosas: porque no quiero yo que D. Pedro, D. Vicente, D.^a Belén, y hasta el mismo Romanones, sean más amantes de la justicia que yo; por eso te pido detalles.

—Pues, en cuanto á detalles, estoy en ayunas.

—Ya sé yo, Blas, que estás en ayunas, y por eso te comulgan con ruedas de molino; pero ya que sabes tan poco, bueno será que aprendas algo. Discurramos y aclaremos: ¿Por qué vais á desterrar de España las Ordenes religiosas, y en qué consiste su fanatismo? ¿Consiste en que los Hermanos de San Juan de Dios y Hermanas de la Caridad se dedican á cuidar enfermos?

—No, señor.

—¿Consiste en que las Hermanitas de los Pobres recogen ancianos desamparados?

—Tampoco.

—¿Consiste en que los Hermanos de los Dolores educan y corrigen niños pervertidos?

—No lo creo.

—¿Las echáis de España porque las Adoratrices y otras recogen muchachas extraviadas para salvarlas?

—Tampoco.

—Pues entonces serán las ciencias y las letras, en que sobresalen tanto, lo que quizás os moleste. ¿Os molesta el descubrimiento del meteorógrafo que inventó el P. Sechi; del pantelégrafo que construyó el P. Casellí; el anemométrógrafo que ideó el Padre Zeillard; el multiplicador eléctrico que estudió el P. Peniretti; el telémetro acústico y óptico que dió á luz el P. Champey; el contador solar del P. Allegret; el alcoholómetro perfecto del Padre Vidal; el electrógrafo constante del P. Fiihol?

—No se canse usted, mi amo, nada de eso nos disgusta.

—Entonces, Blas, ¿dónde encontramos el delito?

—En sus predicaciones contra la libertad, mi amo.

—A... cabáramos, Blas. ¡Gracias á Dios que hemos dado con el crimen! ¡Ea! Vamos á castigarlos inmediatamente. Veamos qué libertad es esa que combaten los frailes: porque libertades hay muchas, y si yo me tomo ahora mismo la de agarrarte del cuello para estrangularte, y viene un fraile y te libra de mis manos, tú no castigarás al fraile.

—No, señor; que le daría un premio.

—Pues veamos qué libertad es la que contradicen las Ordenes religiosas. ¿Será la libertad de trabajar?

—No, señor.

—¿Será la libertad de educar bien á los hijos?

—Tampoco.

—¿Será la libertad de rezar?

—Menos.

—Supongo que tampoco será la libertad de salir y entrar en su casa, obrar con justicia, ejercer la caridad... Pues entonces ¿qué libertad es la que combaten?

—Mi amo, pregunta usted demasiado.

—Y tú contestas muy poco; pero lo que tú no digas lo diré

yo. Vosotros desterráis á los frailes porque predicán contra la libertad de blasfemar, contra la libertad de robar, contra la libertad de corromper, contra la libertad de entregarse á los vicios.

—Mi amo, usted tiene mucha malicia.

—Lo que tengo es ojos en la cara para ver las cosas como son. Vosotros detestáis á las Ordenes religiosas porque predicán la justicia, con lo que dais á entender que sois unos malvados. Y si no, allá va la prueba: mira lo que pasa en Francia: allí cabe todo, todo lo malo; allí son permitidas todas las religiones falsas, todas las sectas, todas las supersticiones: allí espiritistas, ocultistas, budhistas, protestantes, masones, judíos, prostitutas, todo el mundo disfruta de libertad; sólo los religiosos son desterrados y despojados de sus bienes. Lo mismo acontece en Suiza y en el principado de Mónaco. ¿Se necesita más para comprender lo que sois vosotros y lo que son ellos?

—Tío Matraca, deje usted que me vaya.

—Espera, Blas, que antes te cantaré una seguidilla:

Lucifer y Blas Bestia
Van viento en popa
De progreso en progreso,
De gloria en gloria:
¡Ay de Blasillo
Cuando llegue la hora
Del estampido.

(*El Mensajero de Logroño*)



Metralia

Hoy vamos á disparar *cuatro tiros* (no se asusten ustedes) á un colega nuestro de esta capital.

¡Pero, hombre, dirán ustedes, no haga usted tal cosa!

Pues sí, señores; hay necesidad de disparar metralia, y se disparará.



Ahí tienen ustedes á *El Progreso Conquense* convertido en un nuevo Jeremías que llora, no la destrucción de la *Ciudad Santa*, vista en profético raptó, sinó la carestía del pan, de la carne, de las patatas, de las judías, y de todos los artículos de primera ne-

cesidad para la vida (aun cuando algunos de ellos *sean cuatro porquerías* que no duren *cinco minutos en el cuerpo*), como diría un escritor á lo *López Silva*.



Prepararse, que *El Progreso*, dominando la pena que le atormenta y secando las lágrimas que corren por sus mejillas, va á comenzar el exordio de su plañidero treno.

«Cada día—dice—la vida se va haciendo más imposible, no ya en las grandes sino en las pequeñas capitales en Cuenca mismo, que durante algún tiempo gozó fama de ser una de las poblaciones más económicas y baratas».



¿Es cierto lo que dice el liberalísimo colega de la calle de *González Francés*?

Sí, señor, oigo que me responden.

Pues, entonces, hay que *meter en cintura* á *El Progreso*.

Conque, *Sr. Progreso*, ¿quién tiene la culpa de tal desaguisado, que tiene sin guisado á gran parte de españoles?



¡Atención! que declara el *tu autem* del liberalismo conquense:

«La culpa de esta carestía inusitada en los artículos de consumo, la culpa de que el obrero y aun gran parte de clase media viva muriendo, por falta de alimentación sana y nutritiva la tiene el Gobierno, los Ayuntamientos y algunos industriales, á los que no repugna aprovechar la más insignificante coincidencia para encarecer su mercancía, buscando mayor lucro que el que de ordinario obtienen, con ser ya éste crecido».

¡Sean ustedes testigos de lo que dice *El Progreso*!

Vamos á ver:

¿Lleva razón *El Diario Liberal Independiente*, ó es una calumnia lo que dice?

¡¡Calumnia; ni por pienso!!

Lo que dice *El Progreso* es una verdad como un templo.

Y ¿quién sois vosotros para que podamos creerlos?

El Pueblo.

¿*El Pueblo Soberano*?

El mismo que viste y calza.

¿Y por qué os quejáis así?

¿Por qué sois vosotros los que con *El Progreso* imputáis á los Gobiernos y les acusáis de ese crimen?

Porque llevamos razón.

Pero si esos Gobiernos son liberales, ¿qué más podéis desear?

¡Qué liberales ni qué niño muerto; lo que nos hace falta es

pan barato para poder saciar nuestra hambre y la de nuestros hijos!

¿De modo que vosotros y vuestros hijos pasáis hambre!

¡¡¡Sí, señor, mucha..... mucha..... mucha!....

¡Pero es posible que, imperando el liberalismo, paseis hambre?

¡No lo creo; con tanta libertad debéis estar *gordos, rechonchos y completamente satisfechos* de... de...

De crímenes y de inmoralidad, sí; pero no de pan.

¡Ah!, conque de crímenes, de inmoralidad, sí; pero de pan no, ¿eh?

Sí, señor, sí, como lo oye usted.

Pues, entonces, convenceos de que la felicidad, el bienestar y la regeneración de un pueblo no se labra con esas libertades, nunca suficientemente malditas, sino, como dijo un insigne purpurado, «con pan y hojas de catecismo».

¡Bien podían los Gobiernos liberales procurar al pueblo el primero, mientras se ocupan en poner á la Iglesia cortapisas é inconvenientes en la enseñanza del segundo, y de otra manera andaría el negocio... ese negocio de la *regeneración social* tan cacareado por esos mal llamados liberales!....



A propósito de metralla: me parece que la merece, y en gordo, el articulista (llamémosle así) que, en el mismo número de *El Progreso* á que aludimos anteriormente, inserta *D. Justino Corral*.

Para pedir el indulto de un reo, ¿qué necesidad hay de disparar ni de traer á colación cosas que, estoy seguro, no sabe más que de oídas y mal?

Pero, ¡ah, inocente de mí! Es que estos liberalotes de *tomo y lomo*, con tal de zaherir y molestar á los pacíficos católicos, son capaces y tienen *tupé* suficiente para sacar á relucir ciertas cosas, aunque con el asunto de que se trata tengan tanta relación como el planeta Júpiter con las zanahorias.



Vamos á obsequiar á ustedes con algunos parrafitos (con todos no, porque falta espacio) del citado articulito.

Allá va uno:

«Nada tan loable, nada tan meritorio, como el interesarse por los desvalidos y más cuando se trata como en este caso de la vida de un hombre. Sin entrar á discutir el derecho que asista á los hombres para disponer de la vida de uno de sus semejantes ¿á quién no repugna la idea de una ejecución?»

¡Lo ven ustedes! Ahora quiere este insigne publicista enseñar á la humanidad entera que, cuando ha quitado la vida á un cri-

minal, por ciertos y determinados delitos, ha obrado mal, puesto que, para hacer esto, no tenía derecho.

¡Sr. Corral de mis pecados, claro está que el hombre privado no tiene derecho para quitar la vida á otro hombre, sinó por defensa propia; pero que al hombre público, al gobernante, no le asista este derecho para castigar al delincuente, en nombre de Dios y de la sociedad que rige y gobierna, eso... eso *ni con chocolate*.

Continúa el articulista:

«En la práctica han tenido que convencerse los jesuítas que la pena de muerte no es ejemplar; carece de una de las bases fundamentales, cual es el que sirva para que el condenado se corrija, á más de otra infinidad de defectos innecesarios de enumerar».

¡Ya decía yo que los jesuítas no parecían por ahí!

¡Conque la pena de muerte no es ejemplar, según usted! No según los jesuítas, ¿eh?

Pues, entonces, qué quiere usted: ¿que inventemos otra pena mayor?

Es que con ella el condenado no se corrige, me dice usted.

Esta es una de tantas *perogrulladas*. ¡Claro está que el condenado á muerte no se corrige cuando ha sufrido la pena! ¡Para chasco!; pero, si no se enmienda el ejecutado, no es menos cierto que sirve la muerte de éste para escarmiento y enmienda de muchísimos otros. Lo que mejores propósitos hace formar á los criminales es la presencia del verdugo.

La ejemplaridad de la pena no se dirige al reo, sinó á los demás ciudadanos, y si no, como dice usted, *¿Cuál es el corazón que no se encoge ante la negra silueta de un patíbulo?*



Agárrense ustedes, que esto es muy bueno.

«El crimen de ese desgraciado de Tejadillos es horrendo, pues, ¿quién como un padre para con sus hijos? Pero ese ser degenerado no es en absoluto responsable de su delito. Eminencias médicas han demostrado que el robo como otros crímenes, son en muchos casos verdaderas enfermedades, que pueden curarse dentro del terreno de la medicina».

Pero, buen hombre, ¿no ve usted que se *cuela* de un modo maravilloso, si es que en las *coladuras de remo* hay maravillas?

¿Por qué ley de la lógica deduce usted que debe abolirse la pena de muerte, de que *eminencias médicas hayan demostrado que el robo, como otros crímenes, son en muchos casos verdaderas enfermedades?* Para deducir una consecuencia universal, como la que usted necesita para la abolición de la pena de muerte, sería necesario que *eminencias médicas* demostrasen que en *todos los casos, no solo en algunos*, el reo había obrado *por enfermedad*, y

en este caso, no sólo no debía de *ajusticiarse* á los delincuentes, sinó que había que dejarlos tranquilos y compadecerse de ellos. ¡Después de todo, bastante tiene el que está malito!

¡Qué bonito resultaría que á cualquiera le asesinasen á su padre, y encima tuviera que regalar, *por caridad*, unas *gallinas* al asesino, para que se repusiese de su enfermedad! *¡Risum teneatis!*



Vamos con otro parrafito:

«No somos de los que creen sea el mitin un medio ni mediano tan siquiera para conseguir un fin; pero no concebimos, no nos espicamos exista en la mente de nadie, que combata una idea que tiene por fin salvar la vida de un semejante; y aun cabe menos en aquellos que tienen siempre en sus labios la palabra de *cristiano*, que llevan sobre su pecho un escapulario, y que en la cabecera de sus lechos no faltará la bendita imagen de alguno de los santos de su predilección».

La cosa es hablar mal de los cristianos; no parece, sinó que estos liberales son moros, á juzgar por el encono que tienen con los cristianos.

¿Quiere decirnos el articulista quién le ha dicho que los *cristianos combaten esa idea que tiene por fin salvar la vida de un semejante?*

Porque, si le han llevado algo por la noticia, puede exigir se lo devuelvan, pues lo han engañado miserablemente.

Los que tienen siempre en sus labios la palabra cristiano; los que llevan sobre su pecho un escapulario y que en la cabecera de sus lechos no falta la imagen del santo de su predilección, defienden, son partidarios de la pena de muerte, en general; pero en nada se oponen á que en un caso concreto se pida el indulto en favor de un desdichado digno de compasión y lástima.

¡Qué prurito de presentar á los católicos como crueles é incompasivos!



¡Atención, que va el último adobel

«Podrá la idea de nuestro compañero Cano ser infructuosa; se estrellará acaso ante la frialdad de pechos como el mármol y corazones de roca, pero que es digna de loa, que en vez de ridiculizarla debían todos los colegas de esa secundaria; es indudable y que los que tiendan la bandera de Maura, puesto que *Maura* es sinónimo de *fraile*, están más obligados, eso es indiscutible, si bien quizás de toda esa pléyade de gente que se encapucha en Semana Santa y se dan golpes de pecho, no salgan de sus labios ni una *Salve* dirigida al cielo pidiendo por el alma del que van á ajusticiar.

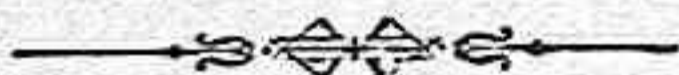
Corazones de roca, labios que permaneceis mudos, ¡malditos, malditos, sean!»

¿Qué creían los señores Nazarenos, que no iba á haber para ellos?

¡Pues se han equivocado!

Ahora bien: no sabemos si *Maura* será sinónimo de *fraile*; pero nosotros sí hemos de decir al Sr. Corral, que más *salves* puede esperar, el que va á ser ajusticiado, de *esa pléyade que se encapucha en Semana Santa y se da golpes de pecho*, que de un articulista que termina su escrito maldiciendo á sus projimos y que no sabe qué olor tiene el humo del incienso.

Granada.



Noticias.

DE ESPAÑA

El Sr. Osma, Ministro de Hacienda, ha publicado el Reglamento de los Sindicatos Agrícolas, contra el cual protesta la mayoría de la prensa madrileña.

En verdad que el tal Reglamento es la muerte de los Sindicatos por el largo expedienteo á que los sujeta, tanto en su fundación como en su ulterior existencia.

Las Cortes están desanimadísimas, casi desiertas; pues los padres y abuelos de la patria no se dignan concurrir á la confección de las leyes. ¡Tanto es su amor á los electores!

Por eso, á propuesta del Sr. Moret, se emprenderá la reforma del Reglamento de ambas cámaras para obligar con multas á la asistencia de las sesiones.

Lluvias. A las inundaciones de Utiel y de Málaga hay que sumar las de Cataluña y Santander.

En el Principado, especialmente en la cuenca del río Llobregat, las crecidas han sido espantosas, y grandísimos los destrozos por ellas ocasionados.

DEL EXTRANJERO

Francia. Continúan las lluvias torrenciales castigando du-

rísimamente y con insistencia á muchos territorios de la vecina República.

Dios tenga piedad de ella.

Tampoco por el lado de Marruecos se la ponen las cosas de mejor cariz que hasta ahora. Todos los síntomas, y aun ciertas declaraciones muy explícitas, dan á entender que los marroquíes tienen más simpatías por Alemania que por Francia.

Pero de esas contrariedades va á reportar la Francia oficial y atea profundas lecciones de religión y aun de sentido común.

Es el caso que la embajada francesa ha tenido que humillarse ante el Emperador de Marruecos y, entonando el *mea culpa*, reconocer la existencia y el poder omnipotente de Dios, y la pequeñez de los hombres, (inclusos los franceses, ¿eh?)

Al llegar la embajada francesa á la vista del sultán, Dris Ben Jesti, kaid de Mexuar, se adelantó y dijo al embajador:

—Seáis bien venido. Recibid la bendición de Dios y ahora hablad.

El embajador de la República tuvo que decir al sultán:

«Los hombres son pequeños. Sólo Dios es grande y vencedor. Yo hago votos á Dios para que conserve su protección hacia vos...»

La República, que se jactaba de arrojar á Dios de su celestial trono, ha sido obligada por un infiel á confesar la grandeza del Creador; esto es, los marroquíes dando lecciones de religión, de cordura y de progreso á los ilustradísimos franceses. Ya no es cosa de decir que el Africa comienza en los Pirineos, ni siquiera en el estrecho de Gibraltar, sinó que está encerrada entre los Pirineos y los Alpes, el Mediterraneo y el Canal de la Mancha.

¡Qué bien cuadraría ahora un libro titulado: La Francia salvaje! Y aun hay gomosos y presumidillos escritores que nos tratan de afrancesar. ¡Insensatos!

El Japón. El catolicismo en Tokyo (Capital).

Cuenta Tokyo con un Arzobispo, Mgr. Pedro Javier Muga-buse; con siete diferentes residencias de misioneros, en cinco de las cuales hay hermosas iglesias que honran al catolicismo en el Japón; amén de dos orfanotrofios-colegios dirigidos por 40 religiosos de San Mauro y Niño Jesús, con doscientos niños recogidos y más de 500 discípulos que frecuentan su escuela, y pueden

obtener títulos como en las del gobierno. Hay un orfelinato con 60 muchachos de 7 á 15 años, un geshikuya, ó sea posada para estudiantes, que tiene actualmente 36 y ha servido de asilo á 140 en los cinco años que hace se fundó, reportando opimos frutos entre el elemento joven. Su objeto principal es dar asilo á los jóvenes cristianos que van á estudiar á Tokyó á la Universidad, y que tantísimo peligro corren de perderse viviendo en un mundo gentil; sin embargo, también se admiten paganos que al fin acaban por abrazar el cristianismo y bautizarse.

A su frente está un Padre exclusivamente dedicado á esto, y, para entretener sin fatigar el espíritu, se dan frecuentes conferencias científicas y funciones religioso-literarias que extienden su acción bienhechora hasta los paganos.

El Colegio de los Marianistas con sus 600 discípulos y otros muchos más que piden entrar y no son admitidos por falta de local, es de las más bellas instituciones con que cuenta el catolicismo en el Japón, y más si se tiene presente que sus colegios de Oseka y Nagasaki gozan de inmejorable reputación y se encuentran en el mismo estado de florecimiento. Allí se educan varios hijos de generales y doctores de la Universidad y de la buena sociedad japonesa, que, si no se hacen cristianos, no pueden menos de admirar y amar las enseñanzas católicas que hombres tan sabios y rectos saben producir.

Doś hermanos Marianitas son catedráticos de la Universidad imperial.

En todo el territorio japonés había, según una estadística del año 1903, 58.000 y pico de católicos. 5 obispos, 121 misioneros de Europa, 31 sacerdotes del país, 165 iglesias, 3 seminarios con 42 alumnos, 5 comunidades de hombres con 81 religiosos y 25 de mujeres con 325 religiosas.

Pidamos al cielo que siga propagándose la fe católica en aquella hermosa región del *Sol naciente*.

SUMARIO: Catequística (continuación).—Agricultura (continuación).—Blas regenerador.—Metralla.—Noticias.